AÑO I

NUM. 36

La Novela Galante

AVENTURAS DE AMOR Y PERVERSION DE

CLARA MATEI

VUELTA ABAJO

EPISODIO NÚM. 15

1

231188



Extraordinario

20 Céntimos

1
231188

47/1491206

E. W. Corbin

CLARA MATEI

Episodio quinceavo

Vuelta Abajo

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

—¿Adónde va, niña?

—No sé, ya no lo sé; me he perdido.

—¡Qué suerte!

—¿Por qué?

—No se asuste; digo, suerte para mí, que puedo servirla en algo.

En la verde planicie ilimitada, el sol de la tarde, proyectaba las sombras larguísimas de los dos jinetes que sostenían este diálogo: Clara Matei y el gaucho *Calandria*.

Estaban allí, en aquel trozo de tierra libre, en plena naturaleza, como la primera mujer y el primer hombre; la civilización quedaba mucho más allá de la línea del horizonte, siglos y siglos...

Clara, cohibida bajo la mirada pertinaz, taladrante, del gaucho, acariciaba el cuello de su caballo sintiendo como un temor de haberse arriesgado mucho.

—¿Vamos?

—Sí, vamos...

R. 3200507

Y empezaron a cortar campo al paso lento de sus caballos. *Calandria* miraba a su compañera con esa expresión de lujuria sorda y enjuta, que se desarrolla en la soledad.

Ella, para demostrarle completa serenidad, le hacía preguntas sobre una cosa y otra, esforzándose en darle a él el lugar de criado que le correspondía ; pero el gaucho, contestaba en forma que lo hacía suponer el dueño absoluto de la Pampa. Y hablaba con un dejo de ironía. Se acercaba tanto al caballo de Clara que su pierna rozaba las de ella y cuando se volvía a mirarlo veía su mirada ebria ; y entonces, con una coquetería cualquiera, lo exasperaba más. El gaucho se retiraba, aunque no como un vencido, sino más bien como el puma en celo que se echa atrás, para preparar el salto.

Llevaban algún tiempo caminando, con gran extrañeza de Clara, que no reconocía el paisaje. Y se detuvo inconscientemente, con el presentimiento de que, en vez de acercarse a la estancia, se alejaban.

—Creo que caminamos equivocados.

—No crea ; yo sé adónde vamos.

—Ah, sí...

—Sí ; no hay nadie que conozca mejor que yo estos campos.

Por la risita del gaucho, comprendió Clara sus intenciones : estaba perdida. ¿Qué hacer? Fueron instantes de angustia.

No hablaban.

Pero ella sentía el aliento cálido del gaucho, rozar su cuello. Era una sensación extraña, que la incitaba y al mismo tiempo le producía malestar. Ni una palabra ; y el aliento de fuego, acariciando esos pequeños rizos rubios que ponían en su nuca un delicioso comentario. Era el aliento de fuego, con olor a azufre, que marea ; era el aliento del demonio tentador del mito cristiano.

Clara Matei comprendía todo lo bajo de aquella tentación ; sí, aquel ser casi primitivo, con su leyenda de valor y de sangre, la tentaba misteriosamente y la emborrachaba como un licor malsano. Y en su espíritu se iba librando una batalla formidable ; su conciencia quería aplastar al deseo, arrojarlo lejos de sí, porque comprendía que era algo bajo e indigno

de ella. Es curioso : por muy elevada que esté la naturaleza humana siempre tiene estas caídas. Y bien nos lo demuestra la historia de Cleopatra, aquella emperatriz fabulosa que se gozaba en excitar a sus siervos y cuando habíales concedido una sola de sus caricias, los envenenaba, como tomando venganza sobre el triunfo de la naturaleza.

De pronto, otra figura se dibujó en el horizonte, avanzando rápidamente, al trote ágil del caballo.

Clara levantó la cabeza, recobrando su altivez, y aflojó las riendas.

—Pa qué apurarse—dijo *Calandria* apartándose un poco,—él ha de llegar.

Había una intención torva en sus ojos, mirando al jinete que avanzaba a lo lejos. Era Pedro Méndez. Alarmado por la ausencia de su amada había salido a buscarla, con el presentimiento de que algún mal la amenazaba ; ese presentimiento que a veces se clava en nuestro cerebro, como una adivinación, sobre todo cuando se trata de personas que nos son muy queridas.

Cuando estuvo a pocos pasos se detuvo asombrado. Un silencio de plomo, pesaba sobre los tres. Para Méndez hubiera sido ridícula en ese instante una sospecha de infidelidad ; pero había algo, algo extraño que le dejaba el alma seca y resquebrajada, como aquellos terrones de tierra que pisaba su caballo. Clara estaba intensamente pálida y el gaucho había bajado la cabeza mirando a Méndez de soslayo.

Clara, apenas pudo silabear :

—Me había perdido...

—¿Y para dónde la llevabas vos?

Calandria no contestó ; hizo un gesto y levantó los párpados, haciendo brillar sus ojos de acero.

Méndez lo interpeló duramente :

—¿Adónde la llevabas, gaucho retobón?

—Pa dónle *la llevo*, debía decir mejor—le contestó con una sangre fría desconcertante.

—¡Qué decís, guacho e.....!

—¡Pedro!—gritó Clara Matei.

Fué un instante fugaz y pavoroso, como un relámpago que trae en su seno, el rayo.

Pedro Méndez sacó su revólver y lo disparó contra *Calandria* que, con un movimiento vertiginoso se dobló a un lado del caballo, hasta protegerse con su cuerpo ; con una habilidad prodigiosa de jinete que forma un solo cuerpo con su cabalgadura—lo que ha llegado a llamarse el centauro criollo,—se colocó tras su adversario y le hundió el puñal en la espalda.

Un grito espantoso recorrió el infinito de la llanura, y mientras el cuerpo de Méndez caía pesadamente del caballo, el gaucho se acercaba a Clara Matei con el rostro descompuesto de ferocidad y deseo ; entonces ella, recobró toda su autoritaria grandeza :

—¡ Huye !

Pero él se acercaba, enloquecido por la voluptuosidad y la sangre ; Clara, levantó su látigo, cruzándole la cara.

Y fué bellamente soberbio, en aquel cuadro de naturaleza, ver a nuestra heroína en tal gesto de dominadora. Era como un símbolo, primitivo y descarnado, de cómo sabía imperar sobre los corazones : en el mundo civilizado, con el látigo de terciopelo de sus grandes ojos enigmáticos ; en la Pampa...

Calandria se sobrecogió con espanto. Parecía volver a la realidad. Y, como al ruido de la detonación acudían algunos peones de la estancia a los cuales Méndez había encargado buscar a Clara Matei, el gaucho, dándose cuenta del peligro, espoleó a su caballo, y como una flecha que atraviesa el espacio rozando el suelo, jinete y caballo se perdieron a lo lejos. Era como el último gaucho, que huía a los rigores de la justicia de la civilización ; ese eterno último gaucho, que siempre tiene que existir para confirmar la leyenda.

*
* *

Volvió Clara a la ciudad. El estado gravísimo de Pedro Méndez los separó, haciendo caer sobre ella todos los rigores familiares.

Llamábanla bruja ; bruja de amor.

Pedro Méndez, en un continuo delirio, la llamaba, como un niño puede llamar a su madre en un instante de peligro.



Otra vez sola

Nada podía ella hacer y, dejándose llevar por su instinto, como siempre en su vida, aceptó de la madre de Méndez un cheque en blanco para el Banco de la Nación, hundiendo en el pecho de Pedro un puñal más certero que el de *Calandria*.

Para desprendernos de nuestra civilización, y salir renovados, con un concepto nuevo de la vida, es necesario vivir algunos años, aislados del mundo, en la Pampa o la Patagonia. Clara Matei había vivido sólo unos meses, sin olvidarse del mundo civilizado, pero aún así aquel género de vida la transformó en algo; dió a sus veintisiete años una tersura y energías nuevas. Había corrido por la Pampa ilimitada como por la infinitud de sus deseos y volvía más fuerte, dispuesta a plantarse ante la vida como por vez primera.

Otra vez sola.

Otra vez única.

Su presencia, fué saludada de nuevo en el Majestic-Hotel, con un murmullo de admiración, esa admiración que guarda una respetuosa distancia; igualmente ocurrió en el gran teatro Colón y en el Hipódromo de Palermo.

Poco a poco fueron acercándose a ella los amigos que conoció con Méndez. Vivía sola, aparecía a los ojos de la gente rodeada de admiradores y amigos, que anhelaban no ya un lugar en su corazón—que era anhelo de cuantos la conocían, sino una participación de su inteligencia, y su vida aparecía así algo misteriosa, con un doble encanto.

Acababan de inaugurarse los grandes almacenes «Harrod's». Un verdadero acontecimiento para la alta sociedad, porque, además del lujo espléndido y la riqueza de sus artículos, sus salones de «Five o'clock tea», eran el punto de reunión de la aristocracia, del mundo distinguido y elegante.

Clara Matei se presentaba sola, no tardando en rodearse de admiradores. Allí, donde la belleza, la distinción y el buen gusto, parecen ser patrimonio de las mujeres. Clara adquiría su más grande personalidad, logrando interesar a todos.

Una de aquellas tardes, al verla llegar un hombre, que en compañía de otro y de dos bellísimas señoritas tomaba el te, se levantó de su asiento instintivamente, apretando el brazo de su acompañante. Se dijera que, por la portezuela del as-



Claudio Bartolozzi

censor había visto salir a la reina de Saba. Tal fué su estupor.

Clara lo miró algo extrañada ; no lo conocía. ¿O sí? Su mente sufrió una repentina ofuscación ; pero, sin darse por aludida, fué a sentarse a su mesa.

¿De adónde conocía ella a aquel hombre?

¿Era acaso uno de aquellos rostros vistos al azar pero que persisten en un sueño?

¿Era la confirmación de aquel pensamiento de Gerardo de Nerval, en una de sus poesías, donde canta, que al mirar a una mujer le parece haberla conocido en otra vida?

Lo cierto es que aquel hombre produjo en Clara Matei una rara impresión ; y de vez en cuando, veía la imagen de él reflejada en un espejo, con los ojos fijos en ella, que seguía charlando alegremente con sus amigos, con esa común cordialidad para todos, que borraba toda sospecha de predilecciones.

¡Qué diáfanamente se veía que el corazón de la mujer y el sexo, quedaban anulados! En esos momentos, era todo inteligencia ; sus grandes ojos rasgados se iluminaban de su fuego interior y su frente amplia se abultaba levemente, parecía circundarse de un nimbo de luz.

La frase de Clara Matei era incisiva y exacta ; tenía una cualidad de observación prodigiosa, y sus comentarios eran siempre los más sutiles.

En estas tertulias triunfaba plenamente. Y el mundo aristocrático no tenía ningún reparo en alternar con ella ; las mujeres tontas le tenían rabia, las mujeres buenas y limitadas, teníanle miedo y las inteligentes la buscaban y admiraban.

Esta cualidad de exquisita conversadora nadie la expresó tan bien como un poeta árabe que Clara Matei conoció en el Cairo y en un madrigal, supo decirle que no sabía qué admiraba más de su boca : si la blancura de sus dientes o las palabras que salían de ella.

Este era el dilema que se presentaba a la admiración en Clara Matei ; la suprema belleza del espíritu y la belleza suprema de la carne.

Pero su espíritu se prodigaba más. Para ello sólo bastaba

la amistad y un poco de inteligencia ; para gozar de su amor, era necesario tener una chispa del fuego sagrado que encendiese la sangre en sus venas...

Aquel hombre que iba cada tarde al «Five o'clock tea» y que se conmovió tan profundamente al ver a Clara, tenía una tertulia que semejábase mucho a la de ella, pero a la inversa. Gozaba fama de ser el primer «causeur» y era bello como Apolo, si Apolo hubiese tenido las cejas arqueadas del sátiro. Mujeres interesantes y hermosas, lo rodeaban como abejas que iban a gustar las flores raras y exquisitas de su espíritu.

Sus contertulias se dieron cuenta en seguida, desde que apareció aquella extraordinaria extranjera, que lo habían perdido. Ellas acaso podían haberlo retenido, pero por uno de esos hechos tan frecuentes en la vida, fueron las que más pronto lo apartaron hacia ella. Porque ya Clara fué el motivo de todas las conversaciones ; y sin querer, precisamente por apartarla de su cerebro y su corazón, la iban metiendo más y más. Era una verdadera obsesión.

Y Clara Matei, bajo la mirada de aquel hombre, sentía una turbación hacía tiempo no sentida.

Se conocieron. Llamábase él Claudio Bartolozzi y debía tener unos treinta y cinco años. Su padre era italiano y su madre argentina ; habiendo heredado de él el carácter fuerte y la energía, con la cual triunfara en la conquista del vellocino de oro, pasando de su primitiva condición de inmigrante a millonario ; y de su madre la dulzura y las exquisiteces de su temperamento delicado.

Era elegante, sin afectación en su elegancia, como Brummel ; porque ella nacía de su cuerpo, magníficamente proporcionado ; de sus ademanes. Era un rostro de verdadera belleza varonil, coronado por una cabellera algo rizada y negrísima ; tenía un pequeño bigote recortado y como característica de su semblante, un gesto de ironía hecho con la comisura izquierda de los labios.

Bartolozzi era un hombre de mundo. Se había doctorado en leyes, pero sin ejercer nunca ; estudió muchas cosas, viajó mucho y había preferido, en vez de dedicar su inteligencia

a una especulación científica y artística para lo cual tenía excelente condiciones, ser un «dilettante».

Este hombre, cuando era alabado por algunas de sus cualidades y le reprochaban su poca perseverancia, solía responder :—¿Qué queréis que haga, si lo único que sé es que no sé nada de nada? Pero contaban que en la intimidad, como el filósofo griego, rectificaba :—Yo a las gentes les digo que no sé nada de nada, pero les engaño ; sé una cosa : sé de amor. Pero a él no se lo había enseñado una italiana como a Sócrates. Se lo habían enseñado todas las mujeres del mundo, porque en sus viajes había sido como un internacionalista del amor.

Con la fina percepción de los hombres acostumbrados a tratar a las mujeres, Claudio comprendió que se encontraba ante una mujer excepcional por la cual se podía renunciar a todo. Una de esas mujeres de excepción que salvan a la especie de los dictados de inferioridad que les dieron los padres del Concilio de Trento y los filósofos amargos de cuyas almas áridas ha huído la galantería.

*
* *

Clara Matei, al despedirse, estrechaba con cierta presión la mano de Claudio, y aquello, que podía llamarse como un signo de inteligencia, lo desesperaba.

¿Era una concesión única, una prueba de agrado, o de aquella dulce presión gozaban todos los demás?

He aquí la pregunta que se hacía Bartolozzi, preocupado por aquella mujer que él había buscado con ansia febril por todas partes y que ahora una casualidad la colocaba en su camino.

El, que tenía fama de don Juan y de conocer el corazón femenino, se hallaba desconcertado, sin saber qué hacer, como el adolescente ante su primer amor.

Analizaba las palabras, los gestos, el proceder de Clara ; todo. Y acababa reconociendo que estaba más cerca de él que de los otros ; y se esfozaba en convencerse de que esto no era vanidad ni amor propio. Pero, significaba acaso amor?

Un hecho inusitado vino a acabar con esta situación. Uno de los contertulios, en su prisa por vencer a Claudio, se declaró, con un resultado desastroso y el despecho hizo que desde aquel día zahiriese a Clara en todo cuanto podía. Bartolozzi molestado por aquella actitud, le lanzó una frase fina y acerada como una flecha : —

—En amor un *sí* suele conducirnos a las sublimidades del espíritu y un *nó* a la mayor bajeza y grosería...

Hubo cambio de tarjetas, duelo... Total : una herida sin importancia en el antebrazo derecho, hecha por Bartolozzi al otro.

No se le pudo ocultar este hecho a Clara. Pasó unos días nerviosísima ; pero con aquella íntima satisfacción que puede sentir una mujer al ver que dos hombres se juegan la vida por ella.

En cuanto Clara supo el resultado, mandó una carta a Claudio, en la que podía leerse entre líneas una promesa de amor.

Bartolozzi fué por la tarde al hotel a presentarle sus respetos. Y las circunstancias le obligaron a la declaración.

Fué una frase, una frase que hizo temblar hasta la última fibra de la carne de Clara :

—Os habéis quedado silencioso y exático.

—Ante vuestra belleza, toda palabra me parece inútil. Os miro con el deseo de qué mi mirar fuese como infinitas manos, que os acariciaran toda y en cada uno de sus dedos tener labios para besaros.

... ...



¿Que pasa por mí?

Cuando se marchó aquel hombre, Clara Matei quedó en esa embriaguez de amor tan extraña, tan apetecible y loca, que trastornaba sus sentidos, hasta el punto de creerse un cuerpo perdido en el espacio.

Con la cabeza entre las manos; no como un ebrio en medio de las negruras de la noche, sino como un ebrio circundado de sol, lleno de luz, pudo exclamar:

—¿Dónde estoy, Dios mío, dónde estoy?

—¿Qué pasa por mí?

Y sin saber en qué año ocurre ésto ni en qué lugar; pero con el convencimiento de que es en la cumbre de la vida, dejar corer el tiempo, inconscientemente...

Desde aquel día se amaron sin restricciones, con entera franqueza; lo que trajo por consecuencia una hostilidad terrible de la sociedad constituída hacia Claudio Bartolozzi. Pero ellos vivían perfectamente aislados de la multitud, como dos triunfadores cuyos ojos iluminaban de nueva luz la vida.

Claudio podía reunir en una cena a sus doce queridas, como el don Juan de Barbey D'Aurevylli; y ellas se tomaron venganza del abandono en que las había dejado.

Cada día Clara por una parte y él por otra, recibían una serie de anónimos. Además, corría el rumor de que Pedro Méndez, ya restablecido, vendría a buscar a su antigua amante.

—La ola de odio va subiendo—dijo un día Claudio.—Será necesario que nos vayamos a otro sitio, donde ni una gota de hiel puedan verter en el cáliz de nuestro amor.

Y el viaje, con la rapidez que tomaba Clara todas sus decisiones, fué decidido enseguida.

Irían a Cuba.

Ya en el vapor, como una amargura que era necesario dejar en la playa, Bartolozzi le dijo:

—Es raro; todos tus detractores coinciden en que eres una mujer mala.

—¿Mala? ¿Por qué? Acaso porque mi amor, cuando deja de amar, es implacable: no puede hacer comedia ni un día...

—¿Y si queda un corazón destrozado?

—Por eso no voy a traicionar a la vida. Sería mala si engañara. Es curioso: así, parezco mala por mi sinceridad...

*
* *

Buenos Aires tiene su aire de París y es, más que nada, Cosmópolis. La emoción, pues, de la costa, tal como pudiera sentirla un conquistador, no puede sentirse en el puerto de la capital argentina. Pero, va el vapor remontando el Océano y cada nueva ciudad tiene un prodigioso encanto.

Clara Matei estaba maravillada. *Santos* y *Río de Janeiro*, los dos grandes puertos del Brasil, la dejaron una impresión muy honda: Con su vegetación lujuriosa y extraña, y el sol, que pone en el paisaje grandioso la maravilla de su luz única.

Todos los puertos que tocaron tuvieron para ella aquel encanto de virginidad que tanto nos emociona, hasta que, la proa del barco dobló El Morro de la Habana y por el estrecho, que es como una fina cintura de mujer, se internó hasta el puerto de la ciudad.

La isla de Cuba, que desde lejos se ofrecía al lente de Clara Matei en forma de caimán, era ahora solo aquel hermoso puerto de la Habana, con su malecón, donde el sol caía como un fuego implacable; y sus calles rectas y sus infinitas casas de colores claros. Un detalle, llamó enseguida la atención de Clara Matei: la profusión de palmeras que se elevaban aquí y allá, por todas partes, con su graciosa esbeltez. Dijérase que se elevan en un anhelo de firmamento, y



Desde aquel día se amaron sin restricciones

que en el azur abren los brazos lánguidos de sus hojas, como si se entregaran a la naturaleza.

El automóvil del *Gran Hotel* cruzó el bello paseo de *El Prado* y se detuvo en la plaza *José Martí*.

Algún tiempo vivieron en el hotel, hasta que conocieron a altas personalidades políticas a las cuales fué presentado Claudio Bartolozzi, como miembro correspondiente de la Academia de la Historia por el Cónsul Argentino.

Triunfó Clara Matei en Cuba cuando la conocieron ; las principales familias hacían grandes fiestas en su honor, donde se la colmaba de halagos y se recitaban versos en su alabanza ; tanto se prodigaban en las rimas, que Clara, siendo una buena gustadora de la poesía llegó a alarmarse.

Pronto abandonaron la vieja ciudad para ir a vivir al barrio aristocrático, a ese *Vedado* de hermosas villas que blanquean entre los prodigios de una vegetación exuberante, frente al mar.

Una de las mayores sensaciones de calor, de sofocación, que Clara Matei había sentido en su vida, fué al cruzar en su automóvil, en las primeras horas de la tarde, *El Malecón*, desde *El Vedado* hasta el casco antiguo de la ciudad, donde estaban todos los grandes almacenes y tiendas.

Tenía deseos Clara de conocer la parte oriental de la isla, con sus inmensos plantíos de tabaco ; aquella parte de la isla, que se prolonga en el mar como la cola del caimán que es Cuba y donde los indígenas viven su vida pintoresca y sugestiva.

Y aceptaron la invitación de un caudillo llamado Heriberto Machuca, dueño de grandes territorios en *Vuelta Abajo*, la vega que ha popularizado su nombre en el mundo, por la excelencia de sus cigarros.

Era Machuca un hombre moreno y fuerte, de expresión dominadora. Uno de esos productos revolucionarios de la naturaleza americana, nacidos para mandar sobre su tierra.

En los salones donde Clara Matei lo había conocido, se veía que estaba fuera de su centro ; el traje de etiqueta, así como las leyes, no se habían hecho para su amplia contextura.

Y este indio-español, de grandes ojos de fuego, que tenían los fulgores siniestros del dominador y las languideces que da a los ojos esa tierra cálida, adoraba a Clara Matei, con el culto de un ídolo ; nada tan sugestivo y natural, como el culto del indio, de rodillas ante la rubia mujercita de París.

En un tren especial, solicitado por Machuca, partieron para sus tierras. Claudio sentía a Clara demasiado cerca de él para temer nada.

El caudillo los hospedó en su hermosa finca de *Vuelta Abajo*. En los paseos para visitar sus posesiones, los *bohíos* y los secaderos de tabaco, era donde Heriberto Machuca se mostraba tal como era : Montado en su caballo ; vestido con amplia camisa de seda clara, sobre la que flotaba una corbata negra o roja, su ancho sombrero de Panamá, sus dos revólveres en la cintura y el látigo en la mano.

Eran infinitos los negros que, casi arrodillándose, le llamaban, arrastrando lánguidamente las sílabas : *patroncito*.

Se comprendía que aquel hombre, con su inmenso poder, fuese un peligro para la República.

Clara sentíase orgullosa al ver que aquel fiero león, era para ella dulce y servicial, como uno de los siervos que se arrastraba bajo su látigo.

Para que ella conociese una de las costumbres más típicas, organizó una gran fiesta en su finca, a la que acudieron todos sus servidores, que eran infinitos. Desde un magnífico entoldado que hizo preparar expresamente don Heriberto, presenciaron el espectáculo Clara Matei, Claudio Bartolozzi y el caudillo, que, ante su inmensa tribu, parecía el Tetrarca en la gloria de su festín.

Todos eran de color oscuro ; los que no eran completamente negros. De manera que la belleza exquisita y ebúrnea de la extranjera, que presidía la fiesta como una emperatriz fabulosa, parecía una gardenia, abierta en un campo de floraciones de tabaco.

Desde lejanos *bohíos* venían los indígenas, con música de tambores y chirimías ; una música bárbara, con modulaciones suaves y notas discordantes.

Pronto, la multitud llenó un extenso campo. Bastaba entornar los párpados para suponer que aquella tierra estaba cubierta con retazos de géneros de los más extravagantes

colores. ¡Esta manía de los negros por los colores! Las mujeres, sobre todo, eran de lo más pintoresco; flores en el pelo, el traje rosa o celeste, las medias verdes o moradas; las más extrañas combinaciones, que hacían pensar en una absoluta insensibilidad del color.

Aquí y allá se establecían pequeños puestos de bebidas y el alcohol encendía los ánimos, haciendo que se entregaran a sus diversiones favoritas.

Delante de Clara Matei, la pareja más afamada, bailó la Rumba. Y esta escena, se grabó con poderosos trazos en su imaginación.

Los músicos indígenas empezaron a tañer sus instrumentos y al medio de un círculo enorme de gente, se adelantaron, uno por cada lado, un hombre y una mujer.

Con esas languideces, esas caídas y quiebros, que marca tan bien la música americana, se inició la danza. Tal fervor ponían en sus movimientos los danzantes, que se comprendía que en aquel instante sólo vivían para eso.

Y sus movimientos rimaban admirablemente bajo el sol tropical, entre la vegetación lujuriosa. Torturaban su carne hasta el espasmo; el sudor hacía brillar sus rostros. Las dos figuras, moviéndose pausadamente, se acercaban; ella, con las manos en la cintura y ceñida al cuerpo la bata de percal, hubo un momento en que se clavó en su sitio; los senos duros y erectos, palpitaban al compás de la música; y después, fué el movimiento de su vientre, hasta el espasmo. Su rostro estaba como en éxtasis y los párpados un poco caídos, sólo dejaban ver los ojos en blanco. El hombre, casi junto a ella, pero sin tocarla, servíale como de acompañamiento en el baile; rendido, exangüe, con la boca entreabierta y dejando escapar por entre las comisuras de los labios, dos hilos de baba...

... ...

—¡Oh, basta, basta!...—dijo Clara, haciendo rechinar



La pareja más afamada, bailó la Rumba

sus dientes y apretando con su mano izquierda el brazo de Machuca.

Este, mirábala con la avidez de sus ojos, terrible. Y Claudio Bartolozzi, allí, sereno como un Dios, con sus ojos de observador incansable, abarcaba todo el cuadro, con una sonrisa de placer y de ironía.

*
* *

La sobremesa se prolongó aquella noche largo rato. Había llegado, para las fiestas de la tarde, un mujer que Machuca invitó a cenar y que, sin duda, debía tener íntimas relaciones con él.

Como el calor era sofocante, y la noche, espléndida, invitaba a gozar la caricia leve de su aire perfumado—ese aire perfumado e incitante de las vegetaciones tropicales,—salieron al patio y allí, las mujeres se tendieron en esas cómodas hamacas cubanas, extendidas de árbol a árbol.

Rosario, que así se llamaba aquella amiga de don Heriberto, era una clásica belleza del país ; y allí, echada indolentemente sobre la hamaca, era como mejor podía apreciársela.

Era una mujer fuerte, de formas amplias y carnes morenas y apetitosas ; en su descote pronunciado, se iniciaban los senos como dos globos magníficos de la más fina seda ; sus brazo robustos y divinamente proporcionados, casi desnudos, se movían con amplitud ; su rostro era suave y algo picaresco, de venus criolla ; y lo que más resaltaba en él eran los ojos : ojos segros, grandes y aterciopelados, que tenían siempre un mirar lánguido y voluptuoso.

El caudillo había hecho quedar a Rosario, más que para la satisfacción de sus deseos, lo cual podía hacer sin ostentación, para iniciar la conquista de Clara Matei.

Y estaba satisfecho de su decisión. Clara no pudo ocultar cierto desagrado ante Rosario, aunque ello no signifiraba que tuviese ningún interés amoroso hacia Machuca, sino simplemente que le molestaba el no ser sola y único centro de toda admiración y deseo entre quienes la rodeaban. En cambio, Claudio sentía como un alivio, como si se acabara de definir una situación equívoca.

Para Rosario no pasó desapercibida la admiración de su amante por la extranjera y, un poco cohibida ante una mujer con la cual no podía hablarle de tú, la observaba disimuladamente. Y ponía en juego todos sus encantos para atraer a don Heriberto. Este, un poco mareado por las fiestas de la tarde y por el alcohol del que le gustaba abusar, se movía junto a su amada, torpemente. Veíaselo, a veces, coger una mano de ella y mirarla con los ojos turbados ; adivinábase, también, que hacía un gran esfuerzo por contener un ademán instintivo de lascivia.

Pero hubo un momento en que ya no pudo. El cuerpo de Rosario, un cuerpo suyo, estaba frente a él tentador como nunca, incitado co sus redondeces a la caricia de sus manos lúbricas. Aquel cuerpo que exhalaba un aroma penetrante, que mareaba, como el aroma de una flor afrodisíaca.

—Y pues, que estás linda, mi negra—dijo Machuca ; y su garra de gavilán fué a posarse sobre las inquietas palomas del pecho de Rosario.

Luego, se volvió a Clara y Bartolozzi y procuró justificarse. Clara le contestaba con alegría fingida, como si aquello fuera para ella sólo motivo de frases ingeniosas ; pero a Rosario no escapaba la rabia que en realidad aquella escena le produjo y que leía muy bien en sus miradas.

Uno de los capataces del caudillo, llegó a informarle de algunos sucesos desgraciados que habían ocurrido y, aprovechando esta ocasión, se despidieron Clara Matei y Claudio, dirigiéndose a sus habitaciones.

Rosario los siguió con una mirada vengativa.

Ya muy tarde de la noche, encontrábanse en su aposento

Clara Matei y Claudio. Prolongaban sus horas de amor; porque era bello amarse hasta morir, en aquella tierra que encendía la sangre con sus efluvios de fuego y mareaba con los aromas de su vegetación exuberante.

Y vieron otra sombra destacarse en la sombra y acercarse a su ventana. Sobrecogidos, sin un movimiento que pudiera delatar el que estaban despiertos, espiaron. La sombra se detuvo un momento en la ventana y después se alejó; algo había dejado en su borde. Los dos enamorados se acercaron anhelantes.

Lo que al sombra había dejado era un corazón de paloma atravesado por alfileres.

Embrujamientos...

¿Qué significaba aquello?

Un pajarraco nocturno batió sus alas en el aire quieto de la noche. Los amantes se abrazaron agitados.

La hora era propicia para la superstición. Ellos, que en cualquier otro momento se hubiesen reído de esas cosas... La leyenda trágica de los *ñáñigos*, parecía revolotear a su alrededor; los *ñáñigos*, estos extraños personajes que forman una sociedad de fetichistas en Cuba.

Por primera vez, entre los dos, acababa de levantarse la sombra hercúlea de don Heriberto Machuca, como una amenaza.

Después de una noche de pesadillas, a la mañana siguiente decidieron volver a la ciudad.

—No les aconsejo—les dijo don Heriberto,—porque los pueden «perjudicar». (Sabido es que «perjudicar», en este dulce lenguaje centroamericano, quiere decir asesinar).

—¿Por qué?

—Está de broma el señor Machuca.

—No es broma, mi niña. Es que yo les había ordenado a los soldados del presidente, que no se metieran con mis hombres. Y se han metido, ¿no? Y es claro; los mandé «descabezar»... («Descabezar, que alguien puede suponer que es quitar la cabeza a un fósforo, o cosa por el estilo, significa, en este dulce lenguaje, cortarle la cabeza a un hombre).

Nuestros personajes, que no veían esto tan claro como Machuca, quedáronse muy admirados. A la aguzada sensibilidad de Clara Matei no pudo ocultársele la secreta intención del caudillo, el que continuó:

—Sí, pues, como les iba diciendo; tenemos revolución. Porque el presidente se ha puesto terco y yo no he querido ceder. Pero no se asusten, *qué vá*; aquí están seguros.

Don Heriberto Machuca estuvo casi todo el día fuera, dando las órdenes necesarias y preparando su ejército; un verdadero ejército, temible en las frecuentes revoluciones cubanas.

Clara Matei y Claudio sentíanse, más que amparados, prisioneros del caudillo. Había que tomar una determinación. Y ella decidió: huirían en su automóvil en las sombras de la noche.

Y huyeron milagrosamente.

Ya en un recodo del camino, un puesto avanzado, detuvo el auto. Entonces ella, que era la que lo manejaba, frenó súbitamente; se encaró con todo su altivo orgullo con quien la detenía y pronunció su nombre en forma tal, que parecía obligar a arrodillarse ante él:

—¡Clara Matei!

El centinela, por secreta adoración a la extranjera, o vencido por su mirada, se cuadró respetuosamente y los dejó pasar...

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

LA NOVELA GALANTE

ADMINISTRACIÓN: PROVENZA, 304-TEL. 111 G-BARCELONA

"BIBLIOTECA GALANTE"

Exito insuperable de la segunda edición del primer tomo de esta interesante BIBLIOTECA, titulado

EL ANTOJO

novela inédita, escrita expresamente por el notable literato

JOAQUÍN BELDA

estupendamente ilustrada por el genial

DEMETRIO

De venta en todos los kioscos, **Precio: 60 céntimos**

En prensa

PIERNOGRAFIAS

formidable Album, con texto y dibujos de **DEMETRIO**

Este album representará un verdadero esfuerzo editorial, pues contendrá **60 notabilísimos dibujos,** tirados la mayoría de ellos sabre papel couché.

En el próximo número

EL VIRTUOSO

Estupenda novelita de FERNANDO LUQUE **Ilustraciones de DEMETRIO**

Linotipia.—Provenza,304